

El joven dió un brinco hacia atrás y echó á correr por la escalera, gritando :

— ¡ Estoy loco ! ¡ Estoy loco !

## XXI

### Un hotel de la Calle de Saint-Honoré

La exclamación de Hoffmann, nada tenía de exagerada : la endeble pared que separa á la imaginación de la locura y que en todo poeta, que abusa de sus facultades cerebrales, parece pronta á romperse, crujía en su cabeza con el ruido de un muro que se cuarteaba.

En aquella época no se corría mucho tiempo por las calles de París, sin decir por qué se corría ; los parisien- ses se habían hecho muy curiosos en el año de gracia de 1793, y cuantas veces veían á un hombre corriendo, lo detenían para saber detrás de quién corría, ó quién corría detrás de él.

Detuvieron, pues, á Hoffmann enfrente de la iglesia de la Asunción, convertida entonces en cuerpo de guardia, y lo llevaron al comandante del puesto militar.

Allí comprendió Hoffmann el riesgo en que se hallaba ; unos lo tenían por aristócrata que se daba prisa por llegar más pronto á la frontera ; otros gritaban : ¡ Á ese ! que es agente de Pitt y de Cobourg. Algunos decían : ¡ Á la farola ! lo que nada tenía de bueno ; otros : ¡ Al tribunal revolucionario ! lo que era todavía peor. Algunos

escapaban de la farola, como el abate de Maury ; pero del tribunal revolucionario no se escapaba nunca.

Hoffmann quiso explicar todo lo que le había pasado desde la noche anterior : contó que había jugado y ganado : cómo había ido á la calle de Hanovre con los bolsillos llenos de oro ; cómo se había encontrado sin la mujer que iba buscando ; cómo había recorrido las calles de París, bajo el imperio de la pasión que lo abrasaba ; cómo al pasar por la plaza de la Revolución, había encontrado á la misma mujer sentada al pie de la guillotina ; cómo la había llevado á un hotel de la calle de Saint-Honoré, y cómo después de haber pasado una noche llena de sensaciones embriagadoras, había hallado reposando en sus brazos á una mujer, no sólo muerta, sino también decapitada.

Como nada de esto era probable, apenas se le dió crédito : los fanáticos por la verdad gritaron que era mentira, y los más moderados clamaron que era locura.

Entre tanto no faltó quien hiciera una observación oportuna.

— ¿ Decís que habéis pasado la noche en un hotel de la calle de Saint-Honoré ?

— Sí.

— ¿ Y allí vaciasteis en una mesa el oro de vuestros bolsillos ?

— Sí.

— ¿ Dormisteis allí, y cenasteis con la mujer, cuya cabeza, rodando á vuestros pies, os causó el gran espanto de que aun erais víctima cuando se os prendió ?

— Sí.

— ¡ Pues bien ! Vamos á ese hotel ; probablemente no parecerá el oro ; mas parecerá la mujer.

— Sí, gritaron todos : ¡ vamos ! ¡ vamos !

Hoffmann hubiera preferido no ir ; pero no tuvo más

remedio que obedecer á la inmensa voluntad resumida en la palabra *vamos*.

Salió, pues, de la iglesia y siguió toda la calle de Saint-Honoré, buscando el hotel.

No era larga la distancia de la iglesia de la Asunción á la calle Real; pero por más que buscó primero negligente-mente, luego con atención y después en fin, con empeño, no halló nada, nada que le recordase el hotel en que había entrado la vispera, en que había pasado la noche, y de que acababa de salir. Como esos palacios de hadas que desaparecen en los teatros cuando ya el maquinista no los necesita, el hotel de la calle de Saint-Honoré había desaparecido, después del drama infernal que acabamos de describir.

De este modo no podían quedar satisfechos los papanatas que habían acompañado á Hoffmann y que deseaban hallar una solución de cualquier género que fuese; y allí no había más solución que ó hallar el cadáver de Arsenia, ó quedar Hoffmann preso como sospechoso.

Sin embargo, como no parecía el cadáver de Arsenia, se trataba ya seriamente de prender á Hoffmann, cuando éste vió de repente en la calle al hombrecillo vestido de negro, y lo llamó en su socorro, pidiéndole que atestigüase la verdad de la declaración que había dado.

La voz de un médico tiene siempre mucha autoridad con las turbas. Éste dijo su profesión y le dejaron que se acercase á Hoffmann.

— ¡ Ah! ¡ infeliz! dijo el médico agarrándole una mano con el pretexto de tomarle el pulso, y en realidad para aconsejarle con una presión particular que no le desmintiese; ¡ infeliz! ¡ conque se ha escapado?

— ¿ Escapado de dónde? ¿ Escapado de qué? exclamaron veinte bocas á un mismo tiempo.

— Sí, ¿ escapado de dónde? preguntó Hoffmann, que

no quería entrar en la senda salvadora que le había franqueado el doctor, porque le parecía humillante.

— ¡ Pardiez! dijo el médico: escapado del hospicio.

— ¿ Del hospicio? repitieron las mismas bocas: ¿ y de qué hospicio?

— Del de locos.

— ¡ Ah, doctor, doctor! gritó Hoffmann; dejémos de bromas.

— Este buen hombre, dijo el doctor fingiendo que no le había oído, este buen hombre creo que ha perdido en el cadalso á la mujer á quien amaba.

— ¡ Oh! sí, sí, dijo Hoffmann, la amaba mucho; pero no tanto como á Antonia.

— ¡ Pobre mozo! dijeron muchas mujeres que estaban presentes y que empezaban ya á tenerle lástima.

— Desde entonces sin duda, continuó el doctor, es víctima de una terrible alucinación. Se le antoja que se pone á jugar... que gana... que posee á su amada; que corre por las calles con los bolsillos llenos de oro; que encuentra á una mujer al pie de la guillotina; que se la lleva á magníficos palacios, ó á espléndidos hoteles, que bebe, canta y toca con ella, y que luego, por fin de fiesta, se la encuentra cadáver. ¿ No es esto lo que os ha contado?

— Sí, sí; eso mismo: al pie de la letra.

— ¡ Y qué! doctor, exclamó Hoffmann mirándolo con ojos como ascuas; ¿ diréis que eso no es verdad? ¿ vos que abristeis el broche de diamantes, que estrechaba el collar de terciopelo? ¿ Cómo había yo de ponerlo en duda, cuando he visto que el collar de terciopelo destilaba Vino de Champagne, y que el tizón encendido llegaba á su pie y en lugar de quemarlo, se apagaba?

— Ya lo veis, ya lo veis, dijo el doctor, mirándolo con ojos compasivos y hablando con voz lastimera; mirad cómo le vuelve la locura.

— ¡Cómo la locura! repuso Hoffmann: ¿os atravesáis á decir que no es verdad? ¿os atravesáis á decir que no he pasado la noche con Arsenia, guillotínada ayer? ¿os atreveréis á negar que el collar de terciopelo era lo único que sostenía su cabeza sobre sus hombros? ¿os atravesáis á negar que cuando abristeis el broche y quitasteis el collar, corrió la cabeza por la alfombra? Vamos, doctor, vamos, que sabéis que digo verdad.

— Amigos míos, dijo el doctor; ya estaréis convencidos, ¿no es cierto?

— ¡Sí! ¡sí! gritó la turba.

Los que no gritaban movían la cabeza para mostrar su conformidad.

— Pues que acerquen un coche, para llevarlo, añadió el doctor.

— ¿Adónde? preguntó Hoffmann; ¿adónde queréis llevarme?

— ¿Adónde? dijo el doctor, á la casa de locos de que os habéis escapado, amigo mio.

Y añadió en voz baja:

— Dejadme obrar, ó no respondo de vos. Esta gente dirá que la han engañado y os hará pedazos.

Hoffmann suspiró y dejó caer los brazos.

— Mirad, dijo el doctor: ya lo tenéis como un ocerero; ha pasado la crisis; vamos, amigo mio, vamos...

Y el doctor acarició á Hoffmann con la mano, como se acaricia á un caballo fogoso para calmarlo.

Entre tanto se había acercado un coche.

— Subid pronto, dijo el medico á Hoffmann.

Éste obedeció: todas sus fuerzas se habían consumido en la lucha.

— ¡Á Bipetre! gritó el doctor subiendo también al carruaje.

Y añadió en voz baja:

— ¿Adónde queréis que os lleve!

— Al palacio Igualdad, murmuró no sin trabajo Hoffmann.

— Vamos, cochero, gritó el doctor, despidiéndose de la turba.

— ¡Viva el doctor! gritó ésta á su vez.

Cuando las turbas están bajo el imperio de una pasión, es absolutamente necesario que grite que muera ó viva alguien.

El carruaje paró en el palacio Igualdad.

— Adiós, caballero, dijo el doctor á Hoffmann; adiós, y si queréis hacer caso de lo que os digo, volveos pronto á Alemania, porque Francia no es buena para los que tienen una imaginación como la vuestra.

Y sacó del carruaje á Hoffmann, quien atolondrado todavía con lo que le acababa de pasar, se iba en derechura hacia una carreta que venía en sentido inverso, y que hubiera tenido un mal rato, si un joven que pasaba no lo hubiera cogido del brazo en el momento en que el carretero se esforzaba por detener los caballos.

El coche siguió su camino.

Los dos jóvenes, Hoffmann y el que lo había cogido, lanzaron á un mismo tiempo una exclamación.

— ¡Hoffmann!

— ¡Werner!

Y luego viendo éste el estado de atonía en que se hallaba su amigo, se lo llevó al jardín del palacio Real.

Entonces se acordó Hoffmann exactamente de todo lo que le había pasado, y, entre otras cosas, del medallón que tenía empeñado en casa del cambista alemán.

Estremeciése al pensar que había echado en la mesa del hotel cuanto oro tenía en los bolsillos; pero tuvo presente, al mismo tiempo, que había dejado tres luises aparte y los tenía en el bolsillo del reloj.

El bolsillo, como fiel depositario, los conversaba aún. Hoffmann soltó el brazo de Werner, y diciéndole que

le esperase, dirigió sus pasos al despacho del cambista.

Le parecía que mientras más pasos daba, más se apartaba de un vapor espeso y se acercaba, por una nube cada vez más clara, á una atmósfera pura y resplandeciente.

Á la puerta del cambista se detuvo para respirar: la visión nocturna había desaparecido.

Entró. Todo estaba en su sitio; el cambista, las vasijas, los luises.

Aquél levantó la cabeza al ruido que hizo Hoffmann, y le dijo:

— ¡Hola! ¿sois vos? os aseguro que no os esperaba ya.

— Creo que no me diréis eso por haber dispuesto del medallón, exclamó Hoffmann.

— No; os había prometido guardarlo, y aunque me hubieran dado por él veinticinco luises, en lugar de los tres que me debéis, no hubiera salido de mi despacho.

— Aquí tenéis los tres luises, dijo tímidamente Hoffmann; pero os confieso que no tengo para pagaros los premios.

— Los premios de una noche, dijo el cambista: ¡vaya! ¿queréis callar? ¿premios por un préstamo de tres luises y por una noche? ¿y á un compatriota? ¡jamás!

Y le devolvió el medallón.

— Gracias, caballero, dijo Hoffmann, y ahora, continuó suspirando, voy á buscar dinero para volverme á Manheim.

— ¿Á Manheim? replicó el cambista; ¡calla! ¿sois de Manheim.

— No, señor; no soy de Manheim, pero vivo allí, y allí tengo á mi novia: me está esperando y vuelvo para casarme con ella.

— ¡Hola! exclamó el cambista.

Ya había puesto el joven la mano en el pestillo de la puerta para salir, cuando el cambista le dijo:

— Conocéis en Manheim á un amigo mio muy anti-  
guo, un músico anciano.....

— ¿Llamado Gottlieb Murr? preguntó Hoffmann.

— Justamente, ¿lo conocéis?

— ¡Que si lo conozco! ¡ya lo creo: como que su hija es la novia de que os he hablado.

— ¡Antonia! exclamó el cambista.

— Sí, Antonia, respondió nuestro joven.

— ¡Cómo! ¿era para casaros con Antonia para lo que volvíais á Manheim.

— Sí, señor.

— Pues quedaos en París, porque el viaje sería inútil.

— ¿Y por qué?

— Porque tengo una carta de su padre, ¡miradla! en que me dice que ahora ocho días, á las tres de la tarde murió Antonia de repente, estando tocando el arpa.

Era justamente el mismo día en que Hoffmann había ido á casa de Arsenia para hacer su retrato: era justamente la misma hora en que había clavado un beso en su desnudo cuello.

Hoffmann, pálido, trémulo, desfalleciente, abrió el medallón para fijar sus labios en el retrato de Antonia; pero el marfil se había quedado tan blanco y puro, como si aún no le hubiese tocado el pincel del artista.

Nada de Antonia le quedaba á Hoffmann, infiel dos veces á su juramento; nada, ni aun la imagen de aquella á quien había jurado un amor eterno.

Dos horas después Hoffmann, acompañado por Werner y por el cambista, subía en la diligencia de Manheim, adonde llegó á tiempo para acompañar al cementerio el cuerpo de Gottlieb Murr, quien había encargado, en el momento de morir, que lo enterraran al lado de su querida Antonia.